Santos Yedro: Magisterio y Entrega

Don Santos Yedro

Familiares de Santos Yedro

Lo que nos queda palpita
en lo mismo que nos damos.
¡Darte, darte, darnos, darse!
No cerrar nunca las manos.
No se agotarán las dichas,
ni los besos, ni los años,
si no las cierras ¿No sientes
la gran riqueza de dar?
La vida
nos la ganaremos siempre
entregándome, entregándote.
(Pedro Salinas, *Razón de amor*).

Hablar de alguien cercano y querido siempre es una difícil y delicada labor. La cercanía al personaje puede inducir a más de uno a juzgar lo escrito desde la benevolencia o el cariño debidos al padre, familiar o amigo. Por eso, todos los autores de historias en sus prólogos programáticos advertían de que iban a hablar "sin rencor ni favoritismo", es decir, desde la objetividad. En esta ocasión, la cosa es más fácil, porque sólo tenemos que dejar hablar a la persona, a Santos Yedro: un maestro dombenitense, lector empedernido y cuidadoso de poetas y prosistas, que dejó escritas más de seis mil cuartillas, llenas de experiencias, pensamientos y vivencias, en lo que él llamaba sus "pinitos" de ensayista. Hombre culto y bondadoso, llenó a rebosar casi medio siglo de vida en la difícil y gratificante tarea de enseñar a leer, a escribir, a pensar y...a vivir a muchos dombenitenses. Al pasar los años, el recuerdo de su ejemplar trayectoria se va borrando de la historia cotidiana de Don Benito. Para que eso no suceda, se escriben estas líneas, inicialmente biográficas.

Santos Yedro Fernández nació en Don Benito el 13 de Octubre de 1.913 en el seno de una familia de labradores de clase media. Era el menor de los cinco hermanos (dos varones y tres hembras) que tuvo el matrimonio formado por Santos Yedro Gómez y Julia Fernández Díaz. Un hecho que marcará la vida de Santos Yedro y de la familia fue la prematura muerte de su padre, ocurrida un mes antes de que él naciera.

Cursó los primeros estudios en las Escuelas del Ave María, obra del sacerdote D. Manuel Parejo. En una semblanza de este ejemplar presbítero nos deja Santos Yedro en sus escritos algunas pinceladas de sus años de niñez y adolescencia:

"Salí de las Escuelas como alumno. Estudié el Bachillerato con beca del Ayuntamiento, con enseñanza gratuita por parte de D. José Manzano, en el Colegio de San José. Apenas terminado este, me inserté a los dieciséis años como auxiliar al lado de D. Cristóbal, hasta terminar la carrera de Magisterio por libre. Con ella fui titular del Centro de la calle Granados...Ni aún en los seis años de Bachillerato me desvié de las Escuelas. Todos los domingos y todos los veranos vinculado a lo que con toda su alma y poniendo un énfasis especial, él (D. Manuel) llamaba la INSTITUCIÓN".

Efectivamente, después de cursar los estudios de Bachillerato en la especialidad de Letras, como primer becario del Ayuntamiento de Don Benito en el Colegio de San José, Santos Yedro realizó la Reválida en Sevilla (su título acreditativo está expedido en la ciudad hispalense el 8 de Julio de 1.930).

Otro hecho luctuoso, la muerte de su hermano mayor Manuel, influirá de nuevo de manera decisiva en el rumbo que tomará la vida de nuestro personaje. Así, y para "llevar las riendas de la casa", desistió de ir a Sevilla a cursar los estudios de Filosofía y Letras, como era su deseo, e inició en enseñanza libre los estudios de Magisterio en Badajoz, estudios que terminó en el curso 1.932 – 33.

Hay que decir que, como muchos estudiantes de ayer y de hoy, alternaba sus estudios con la impartición de clases particulares, en este caso dadas en las casas de sus alumnos. Con el título de MAESTRO (como a él gustaba llamarse) siguió ligado a las Escuelas del Ave María en sus distintas ubicaciones. Después de la Guerra Civil española, Santos Yedro imparte su docencia en el Colegio de San José, siendo desde el año 1.940 Vicedirector del mismo.

A partir de la fusión de los Colegios de San José y Corazón de María, Santos Yedro trabajó como enseñante en este último hasta su jubilación; daba clases preferentemente de Geografía, Historia y Lengua Española y alternaba estas responsabilidades con otras contraídas en la Escuela dombenitense de Artes y Oficios y en la Escuela Sindical. Fueron años, según testimonio personal suyo, de trabajo intenso, de muchas horas de clase y de responsabilidades en el desempeño de las tareas docentes y de dirección. Quizás ello explique, entre otras cosas, su adelantada salida del mundo activo de la enseñanza.

En el año 1. 946 contrajo matrimonio con Antonia Alonso Blázquez. Siete hijos (uno de los cuales murió prematuramente) han sido el fruto de este matrimonio. A la edad de 75 años, en plenitud de vida, murió en Don Benito el 16 de Diciembre de 1.988. Su entierro constituyó una extraordinaria manifestación de duelo y de agradecimiento de muchos dombenitenses y alumnos, que admiraron en él su bondad, entrega y desprendimiento.

Hombre comprometido, no rehusó responsabilidades públicas, como la Tenencia de Alcaldía en los años difíciles de la posguerra, años de convivencia rota, en los que Santos Yedro ejerció una labor encomiable "restañando heridas", aupando jóvenes

inteligencias independientemente del "bando" al que pertenecieran. La lectura y la escritura eras sus pasiones y aficiones. Leía y subrayaba; después, escribía sobre lo leído y reflexionado. Junto a esto sus largos paseos y caminatas; su afición al campo, en concreto a las Gamitas (entre Don Benito y Guareña); y al fútbol, en donde se le veía domingo tras domingo –en Las Albercas o en el Estadio municipal- sufriendo y alegrándose con la suerte de su Deportivo Don Benito. Y su verdadera afición, la familia, verse y sentirse rodeado de los suyos, como los antiguos *patresfamilias*, orgulloso de mantener en su entorno el talante y ambiente de amor y ayuda entre todos.

Pero Santos Yedro fue ante todo y sobre todo un Maestro. Si en alguna palabra hubiera que resumir su trayectoria vital, esta sería ENSEÑAR. Para él, enseñar era compartir, colaborar, darse a los demás. Enseñar a leer y a escribir. Enseñar a pensar. Enseñar a aprender de los libros y de la vida. Dejarse enseñar. Conjugó el verbo "enseñar" en todas sus voces, tiempos y personas. Y lo hacía desde la humildad, desde la creencia de ser un ciudadano más, completamente de a pie, recordando las palabras de Teresa de Jesús que decía "que la humildad es andar en la verdad".

Cuando ya había dejado la enseñanza oficial y aparecía, requerido por personas o instituciones, en actos culturales dirigiéndose a jóvenes y mayores, la pasión de la enseñanza y de la formación, de ahormar espíritus y conductas, le llevaba a echar mano de recuerdos y decires de poetas y amigos, como en la ocasión en que se dirigió a un grupo de jóvenes, en las fiestas de San Gregorio:

> *"Si queréis ser autodidactas, os insto a que seáis, como decía un amigo mío:*
> *Alfareros de vuestro barro,*
> *Escultores de vuestros cerebros,*
> *Jardineros de vuestros arriates,*
> *Hortelanos de vuestros huertos,*
> *Gañanes de vuestras besanas,*
> *Podadores de vuestros majuelos,*
> *Albañiles de vuestra moradas,*
> *Tejedores de vuestros anhelos".*

En su enseñanza, junto al aprendizaje de los ríos, comarcas y ciudades de España, entre los duros ejercicios de ortografía o en medio de la aridez de las matemáticas y de los números, siempre intentó introducir la asunción de los valores humanos perdurables. Dejemos a Santos Yedro dirigirse a una generación de hombres extremeños, antiguos colegiales del Claret dombenitense, en sus bodas de plata:

> *"¡Ya 25 años que dejasteis el colegio! ¡Cómo vuela el tiempo! ¡Cuán breve es la más larga vida! Y a veces la avaricia del tiempo nos hace vengativos ¡Gastemos bien las concedidas horas de esta emplazada vida! El tiempo –como dijo Machado- es "una honda palpitación del espíritu". Y diríamos que, aunque es etéreo y fugaz, con él se compra la eternidad...La VIDA ¿Qué es la vida? Difícil de contestar ¿Y el SER? Sobre el ser reposa la gracia de un milagro que no ves...Me llamo hombre. Pienso en la infinitud, me siento eterno y llamo a Dios como la nube llama al rayo enamorado y se hace trueno. El AMOR, con mayúsculas, esencia de la vida. Hay que saber mirar aunque la luz nos duela en las pupilas".*

Santos Yedro fue un hombre de esencias profundas, que se dedicó a transmitirlas a sus discípulos, familiares y amigos. Aborrecía lo secundario y superfluo. Era, además, un hombre enraizado profundamente en la tierra y gentes extremeñas, cuyos valores de austeridad, sacrificio y valentía gustaba leer en los poetas extremeños por él anotados. La imagen que le cautivaba era la de una encina extremeña, de hondas raíces y amplias ramas. Al amor a su profesión y a la tierra extremeña unió el otro amor, el de la familia, el de la carne. Así se expresaba con motivo del homenaje que se le hizo en el Colegio Claret:

> *"Y aunque mi vida sea una tapia derrumbada, sobre estos escombros, todavía –y cada vez más- tengo una fuerte vinculación a la familia, porque necesita mi vaciedad llenarse de los efluvios de esta institución".*

Reducir un recuerdo, reducirlo a frases, parece una traición: pero Santos Yedro fue inteligente, bueno y vitalista; afectuoso por fuera y austero por dentro; aficionado a la conversación (exterior) y a los libros (interior); serio y riguroso en ajustar su diario vivir a unos principios, racional y emotivo. De esta suma de "complementarios" surgía el equilibrio, la comprensión, la seguridad, como si hubiera paseado por las dos riberas de un río imaginario y hubiera extraído una visión totalizadora combinando visiones parciales.

Santos Yedro y su esposa el día de sus bodas de plata junto a Don Agustín Rufo (párroco de San Sebastián)

La labor de Santos Yedro, maestro, excedió con mucho los deberes académicos de engarzar las vocales –fuertes y débiles- en el texto. Generó palabras y actitudes. Y de todas las vocales, a este hombre sencillo y de a pie le gustaba especialmente la "i", para con la "s" decír SÍ, en un acto de desprendimiento y entrega. Por ello tenía subrayado por dos veces el verso:

> *"Ay Amor,*
> *dos y dos suman cuatro*
> *y la ese y la i dice sí..."*

Ninguna diferencia más acusada entre el presente y el pasado que el uso del verbo *ser* para referirse a alguien: pasar del "es" al "era" es uno de los ejercicios más penosos a que debemos someternos, cuando nos abandona un ser entrañable y querido. En este caso, el testimonio de compromiso y entrega de Santos Yedro sigue presente entre nosotros: es un pasado que se hace presente cada vez que recordamos su ejemplo y su vida.

Estas palabras han sido escritas, es verdad, desde el sentimiento de quienes compartimos vida con Santos Yedro, el padre y el maestro. Y ya se sabe, como dijo Gracián, que "siempre faltan palabras donde sobran sentimientos". Esperemos que en un día no muy lejano puedan hablar a todos (en una cuidada edición) las palabras escritas en los apretados renglones de las más de seis mil cuartillas: sería el mejor tributo a su memoria.

Homenaje a Don Luis Gómez, Don Vicente Ruiz y Don Santos Yedro en el Colegio Claret